

Versaciones de un chupaplumas

Página 24

24



Escribí, escribí página 24 con trazo enérgico y en letra grande y clara, mordiéndome los labios de rabia, o de vergüenza, por estar rebajándome a ser un tramposo, un tramposo y un farsante que te estaba



remitiendo a una página 24 de algo que, en realidad — porque quiero ser del todo sincero contigo, María Eulalia —, no había escrito yo, pero decidido, también —y también en esto quiero ser muy sincero contigo —, a prometerte

que iba a escribir, ahora sí yo mismo y de verdad, la 25, y la 26, y todas las que hiciesen falta para demostrarte que además de un tramposo y un farsante puedo (o podía) ser un magnífico escritor, un magnífico escritor que te sorprendería y del que llegarías a sentirte muy, pero que muy orgullosa.

Pero tú lo tiraste todo por la borda, María Eulalia; lo tiraste todo por la borda y arruinaste mi brillante futuro de escritor porque, cuando me presenté ilusionado ante ti — aquella tarde que fui a esperarte a la salida de la peluquería con un paquete de quinientos folios recién comprado bajo el brazo; quinientos folios, María Eulalia, que no tienes tú ni idea de cuánto se puede escribir en quinientos folios nuevecitos y, con tantos planes, tantísimos proyectos como llevaba yo aquella tarde en mi cabeza cuando fui a esperarte— con la promesa perfectamente estructurada y lista para hacértela de manera que, estaba seguro, pudiera maravillarte, saliste tú, saliste pero no con tus sandalias de tacón y tu bolso colgado del hombro sino ataviada con tu ropa de trabajo, y tus guantes de látex, explicando que se te había complicado el trabajo y que tendrías que quedarte hasta tarde porque tenías que arreglar un tinte a una clienta porque, el color que acababas de ponerle y ella había solicitado color fuego, resultó quedar color remolacha y, ella, la clienta, se había quedado helada porque no podía (me dijiste que te dijo muy enfadada), siendo como había de ser al día siguiente la madrina en la boda de su hijo, presentarse con una remolacha que no conjuntaba, en absoluto, ni con su bolso ni con sus zapatos.

Yo traté de explicarte que eso no era posible; pero, tú, nerviosa y muy alterada, me dijiste que vaya si lo era, y que no tenía yo ni idea de cuánto ni en qué términos ni en que tono puede largar por su boca una señora que, sí, podía a lo mejor ser una persona del todo encantadora y tú

Versaciones de un chupaplumas

Página 24

no lo dudabas, pero, imbuida ya quizás de su futura e inminente condición de suegra, quién sabía cómo ni cuánto de fiera corrupta pudiera ponerse; y que tú no tenías ganas de broncas.

Y te metiste sin más contemplaciones para dentro.

Y me dejaste allí, con los folios bajo el brazo y mi promesa, tan estupendamente estructurada, y con mis planes y mis proyectos arruinados por algo tan del todo incomprensible como que, en pleno verano — porque era verano, María Eulalia, acuérdate —, una clienta se te quedase helada.

Así que, desanimado y entristecido, emprendí el camino a casa pensando que, lejos, muy lejos de seguir cuando llegase con la página 24 que te quise prometer cuando tú no quisiste escucharme, tendría que seguir con lo de Indalecio y la cortina y, según me habría Lola seguro dejado pegado en un post-it en la nevera, la cuarta estrofa del canto quince del Orlando furioso.

Que, espero que lo entiendas María Eulalia, no podría de ninguna de las maneras ser lo mismo.

Con todo mi amor: tu Felipe